

Quinto día – DÍA DE GOZO

PRIMERA MEDITACIÓN

a) LA RESURRECCIÓN

Jesús va a realizar el milagro más portentoso que vieron los siglos: su propia resurrección. Milagro, que el mismo Jesús aduce como la prueba más contundente de su Divinidad.

1. El cuerpo y el alma de Jesús.

«José de Arimatea lo bajó, lo envolvió en la sábana y lo depositó en un monumento, cavado en la peña», dice San Marcos. Desde la tarde del Viernes Santo todos los corazones convergen en el sepulcro del Señor, a unos les trae la esperanza y el amor; a otros el odio y el temor.

Por una providencia misteriosa, los amigos de Cristo estaban completamente descuidados de la gran profecía de Jesús: «Como Jonás permaneció tres días y tres noches en el vientre del monstruo, así el Hijo del hombre permanecerá tres días en el seno de la tierra...».

Pero los enemigos tomaron buena nota de ella. Por lo pronto dos senadores, ricos y prestigiosos, honran al muerto, lo embalsaman por sí mismos y lo colocan en el sepulcro nuevo de uno de ellos.

Los judíos recelan de su propio triunfo, porque, aún muerto y todo, el Nazareno se les escapa de sus manos.

El sepulcro de Jesús está allí, en medio de un jardín con árboles y flores, a cincuenta pasos del calvario. Es un sepulcro nuevo, excavado en la roca viva. Allí reposa el cuerpo del Señor.

Aunque lavado y ungido, está amoratado, magullado y deshecho. Sus miembros, vendados con fajas de fino lienzo y todo él envuelto en la sábana blanca y nueva, que le prepararon sus amigos. Un blanco sudario cubre su rostro. El perfume de los ungüentos satura toda la estancia.

Unida a este cuerpo sagrado está la Divinidad. Es el cadáver del Hombre-Dios. «Y lo que Dios una vez asumió, nunca abandonó», como dicen los buenos teólogos.

El sepulcro está cerrado por una gran piedra circular pesada. La piedra está sellada con los sellos del presidente romano, y, a su entrada, hacen guardia día y noche los legionarios de Roma.

Mientras tanto, el alma de Jesús, unida a la Divinidad, se ha internado en las regiones de los espíritus. Ha ido a recoger el fruto de su conquista, a rescatar a los cautivos del país de los muertos que esperan con ansia su llegada. Todas las almas

Quinto día – DÍA DE GOZO

santas, que han pasado por la tierra, están en lo que se llama “el seno de Abraham”, esperando que se abran las puertas del Cielo para poder entrar.

Jesús era esperado de un momento a otro. Y se presentó en el gris país de los muertos con su alma unida a la divinidad, llenándolo todo con su luz y su vida. Aquellas almas veían ya a Dios y eran eternamente felices. Todos lo adoraron y entonaron himnos de gratitud y de triunfo.

2. La resurrección gloriosa.

«No está aquí, ha resucitado...».

Era el domingo, el primer día de la semana. Despuntaba el alba. En el jardín de José de Arimatea los guardias velaban cuidadosamente el cadáver de Jesús Nazareno. Qué ajenos estaban a lo que sucedía en el interior del sepulcro.

En torno del cadáver yerto se ha congregado el alma de Jesús con su egregia comitiva. Las almas de los justos del Antiguo Testamento, patriarcas, reyes, y profetas contemplan con veneración y respeto aquellos restos sagrados. Es hora de que este cuerpo reciba la merecida recompensa. El alma gloriosa de Cristo penetra de nuevo en Él, lo vivifica, lo anima y le transfunde toda su gloria y hermosura. La Divinidad lo llena por completo y se transparenta a través de todos sus miembros y con vivos destellos a través de las llagas y de las heridas.

Mientras era mortal, la Divinidad moraba dentro y el alma gozaba de la visión beatífica, pero la gloria interior no se transparentaba por fuera. Esta Divinidad se ocultó aún más durante la Pasión.

Pero ahora no. Como un sol represado y ahora luciendo majestuoso en su cénit, así aquel cuerpo vivo de Jesús salió a través del sepulcro, dejando intactos los sellos y la piedra, que lo cerraban y quedando plegados los lienzos y el sudario, que lo envolvían y se lanzó a campo abierto, glorioso y triunfante, para nunca más morir.

Nadie tuvo la dicha de presenciar este espectáculo, fuera de los justos del seno de Abraham. Entonces, de repente, bajó un ángel del cielo, derribó la piedra y el sepulcro apareció vacío. Su faz brillaba como un relámpago, dice el evangelio y su vestido era blanco como la nieve. Los guardias se estremecieron de miedo y huyeron aterrados. «Venció el león de la tribu de Judá».

3. El soborno de los guardias.

«Mientras iban ellas, algunos de los guardias vinieron a la ciudad y comunicaron a los príncipes...». Por lo que sugiere la narración evangélica, los guardias, antes de huir, examinaron el sepulcro y comprobaron que estaba vacío. Es decir, repuestos de su primer espanto y terror, acaso para dar cuenta de lo que con empeño se les había encomendado, examinaron la tumba, comprobaron que estaba vacía y, viendo que su

Quinto día – DÍA DE GOZO

guardia estaba ya de más, vinieron a los príncipes de los sacerdotes a contar todo lo sucedido.

Tremenda debió de ser la perturbación, que experimentaron aquellos criminales sacerdotes al oír el relato de los guardias. Vivía de nuevo el odiado Nazareno. Y lo que es más: el milagro de su propia resurrección, que les había prometido como prueba suprema de su Divinidad, se había cumplido sin duda alguna. Reuniéronse precipitadamente y, tratado el asunto en consejo, resolvieron sobornar a los guardias: «Decid que, estando nosotros durmiendo, han venido de noche sus discípulos y lo han robado».

San Agustín se reía de la burda patraña. ¿Robar unos discípulos, muertos de miedo en aquellos días, un cuerpo muerto, custodiado por soldados romanos bien armados? Y ¿robarlo de noche, mientras los soldados dormían? Pues, si dormían, ¿cómo saben que fueron los discípulos los que lo robaron? ¿Unos hombres dormidos son los testigos fidedignos, para demostrar el hecho? ¡Vaya unos testigos!

¿Quién hay tan necio que se empeñe en tapar la luz del sol? Así pasó con el misterio de la resurrección. Se divulgó en seguida la noticia y, mucho más, cuando el propio resucitado empezó a aparecerse a muchos de sus amigos.

4. Conclusión.

La resurrección real, física e histórica es, ante todo, un misterio de fe, que creemos. Jesús murió realmente. La lanza del soldado y el testimonio del centurión ante el presidente romano son como la partida oficial de defunción. Pero Jesús fue visto vivo por muchos después de su muerte. Luego Jesús ha resucitado.

Jesús es nuestra esperanza. El resucitado es mi cabeza y yo soy un miembro de su Cuerpo Místico. Luego no es posible que la cabeza viva gloriosa en el cielo y sus miembros duerman en el polvo el sueño eterno de la muerte. No. También nosotros resucitaremos.

Misterio de gozo y de alegría. ¡Qué alegría la de los apóstoles cuando vieron a su Maestro resucitado! Les duró toda la vida aquel gozo inenarrable. Y les dio fuerza para sufrir los mayores tormentos. Se lo había asegurado el mismo Jesús la noche de la Pasión: «Vuestro gozo no os lo quitará nadie...».

Misterio de renovación moral. Cristo murió para resucitar. Así el cristiano ha de morir a sus egoísmos, a sus pecados y malas inclinaciones, para resucitar a una nueva vida más santa y más divina.

«Cristo resucitó verdaderamente y se apareció a Pedro»; «Cristo nunca muere, sino que vive para Dios», dice la liturgia. Así nosotros. Que tu resurrección sea verdadera, no aparente ni ficticia, y que aparezca a los demás. Nunca más morir por el pecado, sino vivir para Dios.

Quinto día – DÍA DE GOZO

b) LA MAGDALENA Y EL RESUCITADO

Jesús se apareció resucitado, antes que nadie, a su santísima Madre. No lo dice el evangelio, pero el evangelio supone que tenemos entendimiento, como dice San Ignacio. Después de la Virgen, la primera aparición es para María Magdalena, a quien Jesús hace mensajera de la verdad más grande del cristianismo.

1. La Magdalena busca a Jesús.

«El primer día de la semana, muy de mañana...». La Magdalena busca a Jesús con amor diligente. He ahí el primer detalle del texto sagrado. María aquella noche no duerme. Capitaneando a otras mujeres, sale con ellas en dirección al sepulcro el domingo, primer día de la semana, «muy de mañana».

Con amor delicado. Este es el segundo rasgo. Acuden presurosas al sepulcro para ungir el cuerpo del Señor con ungüentos y aromas. Ciertamente que ya estaba embalsamado, pero esta operación se hizo el viernes a prisa. Aguardaron impacientes todo el sábado, día de descanso y, tan pronto llega el domingo, con las primeras luces acuden al sepulcro.

Con amor valiente. Saben que les esperan dos grandes dificultades: una, remover la gran piedra que cerraba el sepulcro; y otra, vencer la resistencia, que opondrían los soldados romanos.

Con amor de obsesión. Apenas llegan y ven el sepulcro vacío, María parte como un rayo a avisar a Pedro y Juan y dice lo primero que se le ha ocurrido: «Han robado al Señor del sepulcro y no sabemos dónde lo han puesto». Luego vuelve al sepulcro.

Allí ve dos ángeles, y, aunque conversa con ellos, está dispuesta dejarlos, si un tercero, que tiene todas las trazas de un rústico hortelano, le sabe dar razón de dónde han puesto el cuerpo del Señor. A este hombre, según a ella le parece, le dice que ella se hará cargo del cuerpo del Señor, sin caer en la cuenta de que aquel cuerpo está proscrito por el sanedrín, que quizá pesa mucho, y que la autoridad romana castigaría aquel delito de la profanación de un cadáver. María Magdalena busca a Jesús con amor de locura y de obsesión.

2. La Magdalena encuentra a Jesús.

La aparición de los ángeles ha tenido lugar en la cámara funeraria; la de Jesús, fuera. ¿Por qué se ha vuelto María, dando tan poca importancia a los dos ángeles, que están dentro? Se explica por su propia psicología de amor. María sigue llorando y en ademán de buscar. Es entonces cuando ve a Jesús, sin reconocerlo. Le confunde con el hortelano. Así pasa muchas veces a las almas buenas, que penan por la ausencia de Jesús y lo tienen muy cerca de ellas.

Quinto día – DÍA DE GOZO

«¿Por qué lloras? -le dice Jesús». ¿Es que Jesús ignoraba la causa de aquellas lágrimas? No, pero le gusta que penemos por Él y se lo digamos. Y entonces el Maestro pronuncia la palabra mágica: «Myriám... María». Y la debió de pronunciar con su timbre de voz característico y volcando en ella todo el afecto que sentía hacia aquella incomparable mujer que había sido la primera en sufrir en el calvario, después de su Madre. Era aquélla una palabra de reconocimiento: Yo soy, ¿no me conoces?; palabra de paz y de consuelo: Yo soy, no llores, ¿No ves que estoy vivo?; palabra de confianza: María, sé que me amas. Me lo demostraste en el calvario y me lo demuestras ahora: tú aquí, la primera; y palabra de gozo inenarrable: Porque por mi amor dejaste vanidades y amoríos ilícitos, que manchan, punzan y hastían el alma, por eso ahora yo te inundo de gozo y de felicidad.

La Magdalena respondió con aquel «Rabbuni», que quiere decir: «Maestro mío». Normalmente se usaba el «Rabbí», como vemos en San Juan, pero más respetuoso y, al mismo tiempo, más lleno de afecto era el «Rabbuni», o Maestro mío. La Magdalena volcó en aquella palabra todo el amor y afecto de su alma. Palabra de arrepentimiento por sus muchos pecados. Palabra de gratitud por tantos beneficios como recibía del Señor. Y palabra de ofrenda y entrega generosa. La Magdalena ponía ahora toda su vida en manos de Jesús para reparar toda su anterior vida pecadora.

3. La Magdalena anuncia a Jesús.

La Magdalena, apenas reconoció a Jesús, se abalanzó a sus pies y se los besaba llorando de alegría sobre ellos. Jesús le dice: «No me toques, porque todavía no he subido al Padre...».

No es fácil interpretar todas las cosas que le quería decir el Señor en estas palabras. El sentido más verosímil parece ser el siguiente. “No te detengas ahora en besarme los pies. Lo que más importa es que lleves un mensaje a mis hermanos para decirles de mi parte que voy al Padre, que he resucitado, que estoy vivo y que quiero seguir viviendo siempre con ellos.” Con la frase «subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios» parece indicar Cristo que Dios no es ni Padre ni Dios para Él de la misma manera que lo es para sus hermanos. Es verdad que el Padre no lo es de la misma manera para Jesús, su Hijo verdadero, que para los cristianos, sus hijos adoptivos. Pero el Padre, en cambio, es Dios de Jesús-Hombre en el mismo sentido que lo es de los hombres.

Jesús en este sentido quiere mostrarles una especial predilección, al hacerles saber que uno mismo es el Dios y Padre de Él y de ellos. Por eso le dice a la Magdalena: «Ve y diles a mis hermanos...». Los llama «hermanos», título real y nuevo, que da Jesús a sus discípulos, elevándolos a un plano sobrenatural.

Los otros evangelistas recogen un detalle, que omite San Juan, a saber: «Y ellos, al oír que vivía y que se había aparecido a ella, no creyeron... Y les parecieron estas

Quinto día – DÍA DE GOZO

palabras como delirios.». La reacción de los apóstoles es de incompreensión e incredulidad. Y es que la resurrección no se impone de golpe, sino que gradualmente se va preparando con sucesivos mensajes, hasta que se corroboran en ella con la presencia de Jesús y su realidad humana y corporal, que habla, come y se deja tocar.

María Magdalena, de pecadora, se convierte en la mensajera de la verdad más grande del cristianismo, que es la resurrección de Jesucristo. Esta verdad se la comunica Jesús a ella, y por ella a los apóstoles y al mundo. ¡Qué lección más grande de confianza y de misericordia...!

Es hermoso este rasgo del corazón de Jesucristo. Esta mujer, María Magdalena, es la que merece el regalo de su primera aparición. Jesús con esto quiere manifestarnos que su corazón no sólo perdona, sino que olvida por completo los pecados perdonados. Jesús premia su amor de ahora, sin tener en cuenta que aquella mujer le ha ofendido gravemente. Nosotros perdonamos, pero no olvidamos. Jesús, en cambio, perdona y olvida.

María se convierte en un apóstol de la resurrección de Jesucristo. Los más grandes pecadores, si se convierten sinceramente, pueden ser también apóstoles de Jesucristo.

No hemos de mirar con desprecio a nadie, aunque su conducta anterior haya sido motivo de escándalo. Asegurados de la sinceridad de su conversión, puede ser cualquier pecador arrepentido un gran apóstol de Jesucristo y aventajarnos a todos en el ejercicio del mismo apostolado.

c) LA CONVERSIÓN EN CRISTO

Los ejercicios espirituales de San Ignacio han sido la fragua de grandes conversiones. Estas duran muchos años y en ellas se van fraguando los santos, que pueden decir lo del apóstol: «Mi vivir es Cristo y el morir una ganancia» -Filipenses 1, 21.

1. Los tres cenáculos.

Conocemos un cenáculo en el evangelio: el del Jueves Santo.

Este es un cenáculo de confianzas, porque Jesús revela a sus apóstoles su gran verdad: «Yo soy el camino, la verdad y la vida»..., «El que me ve a mí ve al Padre»..., «Vosotros sois mis amigos...». También porque Jesús dice a los apóstoles su propia verdad: «Tú, Pedro me negarás»..., «Tú, Judas, me entregarás»..., «Vosotros os escandalizaréis en mí...».

Conocemos otro cenáculo, que es el de la Resurrección.

Cenáculo de dones, porque en él reciben los apóstoles los grandes dones: el perdón de los pecados, el Espíritu Santo, el poder de predicar, de bautizar, etc.

Un tercer cenáculo es el de la Ascensión, o de los primeros ejercicios espirituales de la iglesia primitiva. Este es un cenáculo de transformación. Los apóstoles se convierten

Quinto día – DÍA DE GOZO

en Cristo, se transforman en Él. Y, transformados en Él, transforman el mundo, contagiando con su amor a Cristo a todas las almas.

Así, para ti estos ejercicios que sean estos tres cenáculos de confianzas, de dones y de transformación. Tu actitud imite la de los apóstoles: admiración ante las confianzas, que te haga el Señor; agradecimiento ante sus dones y entrega y amor ante la transformación, que el Señor quiere hacer en tu alma.

2. Las segundas conversiones.

No se trata aquí de la primera conversión a Cristo, sino de la segunda: conversión en Cristo. San Pablo, tuvo la primera en aquel día frente a las puertas de Damasco. La segunda, se fue elaborando toda su vida y llega a su culminación cuando dice el apóstol: «Mi vivir es Cristo, y morir, una ganancia», una lotería, diríamos hoy, porque entonces tiene lugar nuestro encuentro con Cristo.

Son lentas estas conversiones, obra de muchos años. Tumbos, caídas, pasos en falso, fracasos, desalientos, cansancio... Es que el Señor quiere enseñarnos prácticamente que la conversión es obra de la Gracia.

Hay almas, que dicen: yo no adelanto, me encuentro en estos ejercicios como el año pasado, siempre igual... Falso. Compárate contigo mismo hace diez años y verás la diferencia. Un árbol o una persona los ves hoy como ayer, y el árbol y el niño siempre van creciendo.

Además, ¿para qué quieres saber que adelantas? Esto mismo es ya una vanidad y, por lo mismo, un paso en falso. Deja el pasado en la misericordia del Señor, el porvenir en su providencia y aplícate a explorar el momento presente con su Gracia. Y adelante siempre. ¿Por qué hay conversiones retardadas?

Hay dos clases de almas frente al misterio de Cristo.

Almas puras, vírgenes, inocentes y humildes. Estas ven el misterio de Cristo, porque no hay obstáculo que empañe sus ojos. Dios las ilumina. Unas y otras, como ven, conocen; como conocen, gustan y saborean el misterio de Cristo con amor práctico. Y todas ellas lenta, pero seguramente se van convirtiendo en Cristo.

Pero hay otras almas, que ni son puras ni humildes y, por eso, se retarda su conversión. ¿Ves el caso de Pedro?: «Lejos de ti, Señor, eso que dices referente a la cruz». San Pedro no entendía el misterio de Cristo porque no era humilde.

3. Cómo penetrar en el misterio de Cristo...

«A la sombra de Aquel, a quien deseaba mi alma, me senté y su fruto es dulce a mi paladar» -Cantar de los Cantares 2, 3. El misterio de Cristo es como una sombra.

Los judíos conocían a Jesús: su persona por fuera, su voz, sus gestos, pero nada más. Los apóstoles conocían eso mismo, aunque en la intimidad.

Quinto día – DÍA DE GOZO

Ni unos ni otros conocían el misterio de Cristo.

El misterio de Cristo es como una sombra, y esa sombra hay que penetrarla con la fe. Fe para percibir ese sentido de lo eterno, de lo divino, de lo sobrenatural. Fe para conocer los sentimientos, los móviles, las intenciones y las acciones de Cristo.

Y esto «con deseo». Fíjate en el texto: «A quien deseaba mi alma...» Ser alma de grandes deseos y «sentarse», esto es, descansar, ajustar a eso la práctica de mi vida, pues tal es el sentido de la Escritura.

«Y su fruto dulce a mi paladar». Entonces gustar y paladear cuán dulce es el Señor con el don del entendimiento y el don de la sabiduría. Se gusta y se saborea la dulzura del vivir escondido, pobre, marginado, arrinconado, despreciado... Se va entonces conociendo poco a poco el misterio de Cristo.

4. Conclusión y resoluciones.

Un cuento persa. Cuento del amante y del amado. El amado estaba en su choza. El amante, a tientas, rozó con ella y llamó a la puerta. —¿Quién eres? -preguntó el de dentro. —Soy yo -respondió el de fuera. El de dentro se calló y la puerta no se abrió.

El amante entonces, comprendiendo, se fue al desierto y estuvo años y años trabajando, hasta hacerse en todo semejante al amado.

Llegó de nuevo a la choza y llamó. —¿Quién eres? -preguntó el de dentro. —Soy tú -contestó el de fuera. Entonces se abrió la puerta. No eran dos, sino uno solo.

Así tú. Te convertiste a Cristo el día en que dejaste vicios y pecados. Ahora te queda la conversión en Cristo. Año tras año debes ir la preparando, hasta que llegues a ser una misma cosa con Cristo.

Pero sin dejar tu casa, tu familia, tu profesión, tus asuntos y negocios. No tienes necesidad de irte al desierto, a no ser que Dios te llame por otros caminos. En todo caso acuérdate de aquella viga encima de la cama de enfermo de San Ignacio con este letrero: «AQUÍ SE ENTREGÓ A DIOS IÑIGO DE LO YOLA».